



Editorial Xplora 2013

Páginas: 352pg.

Dimensiones: 13,8x21 cm

ISBN. 978-84-15797-14-2

Disponible en ebook y papel  
en librerías y en :  
[editorialxplora.com/tienda](http://editorialxplora.com/tienda)

EDITORIAL XPLOA

*Lee viajando. Viaja leyendo*

[www.editorialxplora.com](http://www.editorialxplora.com)

[info@editorialxplora.com](mailto:info@editorialxplora.com)

*XPLORA es una editorial independiente formada por un grupo de amantes de los viajes, el deporte, la montaña y los libros. A través de las páginas de nuestros libros recorreremos países ligeros de equipaje, descubriremos hasta donde llegan los límites del hombre, cruzaremos desiertos, exploraremos montañas lejanas, conoceremos nuevas culturas y viajaremos a los lugares más sorprendentes del planeta.*

# CUARENTA AÑOS

Cumplir cuarenta años con un hindú entre las piernas es reconquistar mi cuerpo en otra geografía y en otro color. Es encontrar tersuras secretas justo a tiempo, antes del resto de la vida. Es saborear esta sensación tibia de lujuria que siempre me hace sentir en casa aun estando en un país totalmente desconocido como este.

Por la ventana entran cantos de templos lejanos y oleadas de polvo embriagador, los cuales aturden mis sentidos más que el alcohol de los whiskies que hemos estado bebiendo. Pero no hay tiempo que perder, los minutos y los años pasan. Me dispongo a hacer contacto rápidamente con esta piel acaramelada y lamible que tengo entre mis manos. Su camiseta es la primera en caer al suelo. La imagen de su torso desnudo me perturba la mente desde hace un par de días, y la urgencia de tocarlo no puede ser contenida bajo ningún precepto. Palpo la firmeza de sus antebrazos y la suavidad de su espalda, pulida como una pieza de alabastro. Mientras tanto mi lengua se ocupa de explorar por fuera y por dentro esos labios morenos, y mis muslos se activan buscando espacios por donde enroscarse. La serpiente en mi columna vertebral se va despertando y con sinuosidad empuja mis caderas de un lado a otro. Las manos de Anand también tienen mucho de serpiente, pues recorren mis curvas con agilidad sin nunca perder adherencia. Con la yema de mis dedos contorneo su cintura desde atrás bordeando sus *jeans* hasta llegar al frente, de allí voy tanteando lentamente hacia abajo para calibrar el bulto palpitante que se esconde cual capullo endurecido tras la tela de los pantalones. Haciendo una copa con mi mano lo contengo y lo mimo como si fuese un enternecedor animalito salvaje que juega al escondite. Logro estimar las proporciones que vendrán cuando el juego esté más adelantado, y me doy por satisfecha. Las dimensiones indias cumplen con los requisitos esenciales que prometen buenos momentos en la cama. Habiendo superado este primer e importante punto de control, me relajo por completo.

—¿Te sientes cómoda aquí? —pregunta Anand con su buen inglés, exquisitamente pronunciado desde el fondo de su paladar.

El sofá de hecho no es lo bastante amplio para estar tendidos cómodamente uno sobre el otro.

—No mucho —respondo.

Nos levantamos y nos tomamos nuestro tiempo para dejar la sala, atravesando el pasillo a paso lento, sin dejar de frotarnos con los cuerpos y recorrenos con las lenguas. La posición vertical me despeja un poco la mente, lo suficiente para confirmar el entorno: sí, estoy en Mumbai; sí, estoy cumpliendo cuarenta años; sí, Anand me está enloqueciendo; sí, estoy viva.

Una vez dentro de la habitación todo me da vueltas de nuevo, y mis sentidos se deslizan en un mundo de sinestesia donde el calor de nuestras sienas se convierte en lámparas de aceite y serpentinas de luz, donde el ventilador va creando pequeños torbellinos con el vapor que desprendemos, y nuestras secreciones confluyen en riachuelos de jugos celestiales que se cuelan por las sábanas cayendo por los lados de la cama como cascadas desbordándose desde una meseta.

Nos desvestimos con impaciencia. Anand no ha terminado de levantarme la camiseta con una mano, cuando ya con la otra está palpando mis senos mientras se inclina hacia ellos para besarlos. La visión de su rostro oscuro indagando mis pezones excita transversalmente todo mi abdomen y me incita a susurrar gemidos de placer. Con agilidad nos desembarazamos del resto de la ropa, como dos culebras que mudan las pieles viejas para exponer sus nuevas escamas, frescas y brillantes. Nuestros cuerpos finalmente pueden entrar en contacto y respirarse el uno al otro. La penumbra oscurece más aún esa piel de chocolate que se va derritiendo sobre mi cuerpo blanco, untándome como si cien bocas de crema besasen mi pelvis y mi pecho. El contacto de sus manos es suave y tibio mientras me exploran con interés. Siento una inesperada familiaridad con ese cuerpo tan distinto al mío: nuestras salivas están a la temperatura justa, nuestros sudores tienen la misma densidad y la trama de su piel encaja perfectamente con los surcos en las yemas de mis dedos. De vez en cuando Anand acerca su boca a distintos puntos de mi cuerpo y los presiona con la punta de su lengua, realizando una especie de masaje lingual lubricado con su propia saliva. La dureza de su lengua rota sobre los lugares más recónditos y sensibles de mis brazos, mis piernas y mi cadera, que coinciden exactamente con mis zonas erógenas. Es evidente que este hombre se ha tomado el sexo en serio, estudiando técnicas que ahora practica sobre mi piel anhelante. Comprender que estoy en manos de un amante experto me basta para que dentro de mí se abra una vorágine urgente y punzante, que solo puede ser colmada con un pene de punta precisa. Le suplico que me penetre como si fuese lo único que puede salvarme de la muerte, porque en realidad lo es. Lo

repito varias veces para asegurarme de que mis palabras sean inteligibles a pesar de los jadeos y de la voz que se quiebra en mi garganta temblorosa. Pero Anand lo ha comprendido desde la primera vez y ya está colocándose el preservativo, desenrollándolo ágilmente con una sola mano. Me detengo a observar cómo lo desliza con impresionante destreza sobre esa lanza erguida y húmeda, el arma con la cual deseo ser herida lo más pronto posible.

Mis piernas se abren como dos hojas apartadas por el viento y Anand entra en mí sin titubeos, buscando ese calor de vientre que los hombres añoran desde el mismo momento en el que empiezan a respirar. Con su penetración pausada y firme siento que todo un continente va invadiéndome poco a poco. Desfiles de elefantes, tambores y trompetas multicolores suben de mi vulva hacia mi nuca, y una música jamás escuchada sale por mi ombligo. Nuestras caderas blanca y morena se mueven en perfecta armonía, complementándose como si se conociesen de otras vidas. Con cada oscilación siento el despertar de mil mujeres durmientes que van germinando en mi abdomen, floreciendo al ser rociadas con la humedad de Anand, el hindú envuelto en nubes de incienso y misterio. Anand, el encantador de serpientes. Anand...

Con su nombre sobre mi lengua comienzo a hundirme en el orgasmo, voy perdiendo fuerzas y nitidez. Pudiera estar en la luna, pudiera estar a la orilla de un río, pudiera estar en la India con un hindú entre las piernas, flotando ligera sin gravedad y con los pies sumergidos en agua fresca, con chocolate en mis senos y pétalos en el clítoris. Me estremezco, los músculos de mi cuerpo extático se contraen, preparándose para la explosión que dispara todas mis partículas hasta el fin del universo. Me expando y pierdo el conocimiento por un instante. Las galaxias enmudecen mientras yo, las sábanas, los alabastos, los elefantes y planetas nos deslizamos en trayectorias silenciosas por el espacio.

Sin apuros me recompongo y vuelvo a respirar, recién nacida. Mientras tanto Anand, el caballero y amante perfecto, leyendo mis pulsaciones, ha esperado a que yo acabase antes de dejarse ir. Entonces me toma por el cabello, apoya su frente sobre la mía y aprieta los ojos, despegando hacia su propio viaje por el universo. Sus manos me van asiendo con fuerza, como si quisiese mantenerme suya hasta el fin de los tiempos. Voy tanteando sigilosamente los espasmos de su cuerpo sin querer entrometerme, cual bandida entrando de puntillas por la rendija de una ventana semiabierta. Acompasando las contracciones de su cadera, Anand desprende tres exhalaciones profundas y largas que vibran en su garganta

de bisonte. Mi cuerpo tiembla compartiendo su orgasmo, con la satisfacción de quien se siente sensual, hermosa y hembra.

Brisas frescas que llegan desde grutas inexploradas acarician nuestras pieles y nos devuelven el aliento. Demasiado satisfechos para hablar, vamos besándonos suavemente hasta quedar dormidos con los cuerpos aún entrelazados, mi mano blanca sobre su pecho oscuro, sus dedos morenos sobre mi hombro claro.

Al poco tiempo amanece. Abro los ojos para asegurarme de que sigo viva, que estoy despierta, en Mumbai, con un hindú todavía entre mis brazos. Y así es. Anand duerme boca abajo con su cuerpo extendido diagonalmente a lo ancho de la cama. Sus cabellos lisos negro azabache brillan bajo los potentes rayos de sol que logran atravesar las gruesas cortinas. Observo esa anatomía morena, sus glúteos redondos y la fisura entre ellos, donde la pigmentación es más oscura que en el resto del cuerpo, como si toda su piel se originase desde ese punto de color concentrado y se aclarase gradualmente a medida que se aleja hacia las extremidades. Me detengo un largo rato en su espalda, un lomo silvestre tan liso que a través de él se pueden adivinar los pulmones, el aire dentro de ellos y el corazón que palpita del otro lado. Escucho sus respiros: estamos vivos. Aún un poco incrédula por esta inesperada celebración de cumpleaños, siento que las mil mujeres que despertaron anoche se van haciendo espacio dentro de mí. Me pregunto dónde encontrarán acomodo, qué esquinas de mis entrañas irán a ocupar. Me maravillo: ser una sola mujer ya es bastante tremebundo y agotador, no logro imaginar lo que será ser mil y una hembras a la vez. Tengo solamente una certeza: seremos peligrosas.